

Círculo Rojo

Una mirada especial

Una mirada especial

Paula Natalia Loidi Gama

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2018

Depósito legal: AL 593-2018

ISBN: 978-84-9183-984-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Paula Natalia Loidi Gama
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: 123rf

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

CAPÍTULO 1

La felicidad humana generalmente no se logra con grandes golpes de suerte que pueden ocurrir pocas veces, sino con pequeñas cosas que ocurren todos los días.
Benjamin Franklin

12 de octubre de 2017 – JUEVES
ELENA

Todo saldrá bien. Puedes con esto. Es solo el primer día, no hay nada que temer.

Es lo que se repite Elena cada minuto desde que se ha despertado esa mañana.

Después de varios meses buscando trabajo, por fin, hacía escasos veinte días, un instituto la había llamado para hacer una entrevista. Desde que finalizó la carrera, Elena había tenido pequeños trabajos, pero ninguno de ellos estaba enmarcado en la carrera profesional en la que se había formado.

Pese a que tenía un grado en Psicología y un máster, los únicos lugares en los que había trabajado eran una tienda de ropa, correos y una empresa de telefonía. Cuando cumplió los treinta se dio cuenta de que aquello no la estaba llevando a nada y comenzó a echar el currículum en todos los centros donde pudiera poner en práctica lo que había estudiado y, al fin, un instituto se interesó por ella.

El nombre de aquel instituto era "Mirada especial", lo cual llamó su atención la primera vez que lo escuchó, pero, además,

cuando el director le recibió con una actitud amable y dinámica, supo que ese iba a ser, finalmente, el trabajo que había estado esperando durante tanto tiempo.

Hacía dos días había estado en ese mismo aparcamiento, con su falda de encaje negra y su camisa blanca impoluta. Al entrar en el instituto vio centenares de jóvenes andar de un lado para otro con sus mochilas, sus tatuajes, aquellos pelos de tan diversos colores y ese olor a hierba que tanto asco le daba cuando tenía dieciséis años. Con la ayuda de las indicaciones que le había proporcionado una chica consiguió llegar al despacho del director. Tocó la puerta y en menos de un minuto, un hombre de poco pelo y sonrisa cordial la invitó a pasar con gran entusiasmo.

Elena se fijó en que aquel hombre tenía decorado el despacho con títulos en los que solamente aparecía un nombre: Francisco Herrera; estaba claro que era el suyo. En la mesa central había un par de fotos en las que aparecía él con ropa de verano acompañado de una mujer de pelo teñido y una chica de cabello castaño que era preciosa. Cuando el director se sentó, le preguntó si estaba nerviosa y, a continuación, pasó a explicarle la dinámica del instituto y la razón por la que estaban buscando una nueva psicóloga. Por lo visto, la anterior había tenido un *affaire* con un estudiante que había llegado a oídos de los padres del joven y tenían que cortar aquella historia como fuera.

—¿Por qué eligió estudiar Psicología?—le preguntó con un semblante serio e intimidante.

—Buscaba ayudar a las personas. Sé que es el tipo de respuesta que todo el mundo da, pero es la única respuesta que puedo ofrecerle.

—¿Y por qué debo creerla?

—No debe creerme —dijo ella con seguridad—. Cuando cumplí quince años mis padres se separaron y yo pasé por una

depresión terrible. Buscaba ayuda y fui a mil psicólogos, pero nadie supo ayudarme. Desde ese momento me prometí que me convertiría la persona a la que cualquier joven en la misma situación que yo pudiese acudir.

—Eso suena ambicioso.

Aunque bajó la cabeza, Elena lo vio sonreír y supo que esa era la respuesta que él estaba buscando desde que la había conocido. Cuando la llamó esa misma tarde, se alegró muchísimo, pero al mismo tiempo no estaba sorprendida. Había notado desde que entró en aquel instituto que ese era el lugar que había estado esperando.

Hoy, en su primer día, va vestida con unos vaqueros ajustados, unos botines bajos y una blusa negra que le queda un poco ancha. Quiere dar buena imagen, pero en vista de los acontecimientos con la antigua psicóloga, no quiere hacer ver nada que pueda malinterpretarse.

Esta vez no hay nadie en el pasillo del instituto, de modo que lo recorre a una velocidad pasmosa y en poco tiempo se encuentra frente al despacho del director, quien la recibe casi al instante con aquella sonrisa iluminada.

—Justo a tiempo. Sígame.

El hombre la guía por el instituto, mostrándole algunos de los lugares más importantes que debía conocer, como la sala de profesores, el comedor, el despacho de la jefa de estudios, secretaría, las distintas aulas de clase… Y, por último, le enseña una puerta marrón que tenía un pequeño cristal de forma rectangular en la parte inferior.

—Esta es su oficina. En unos días llegará el cartel identificativo. Pase si quiere a dejar lo que necesite.

—Perfecto.

—El recreo es de diez y media a once y cuarto y el día se divide de forma que los alumnos tienen tres clases antes y después del descanso. Si tiene cualquier duda puede preguntarme a mí o a Margarita, la jefa de estudios.

—Gracias, director Herrera.

—Espero que tenga un buen primer día. Le deseo suerte.

—Muchas gracias.

Al ver al director seguir su camino, abre la puerta y halla una sala pequeña y oscura en la que se podía ver al fondo una mesa de madera con una diminuta ventana detrás que tenía las persianas bajadas. Elena consigue esquivar todos los obstáculos que hay por el camino y deja entrar la luz del sol con alivio. Aquel sitio parecía menos horrible con la luz, aunque desde luego faltaba mucho para que se convirtiese en el lugar que soñaba.

ABIGAIL

—¡Eres una mentirosa! —grita una joven de pelo rubio en medio del pasillo del instituto.

Son las diez y media y acaba de terminar la clase de Matemáticas de segundo de bachillerato. No hay casi nadie en el pasillo, pero en el momento en que se escucha aquello, todo se inunda para ver qué era lo que estaba ocurriendo. La chica que había gritado era, nada más y nada menos, que Abigail Favre, una de las chicas más deseadas y admiradas del instituto.

Todas las miradas del instituto siempre van dirigidas a ella por su perfecto pelo rubio largo y alisado, sus grandes ojos verdes, su piel bien maquillada y el rojo de sus labios, que hacen que cualquier hombre se pierda en ellos. Aquella chica siempre iba vestida para

impresionar, para resaltar, para que todo el mundo se fijase en que ella entraba en la sala; sin embargo, ese día nadie la miraba por eso.

Abigail va por el pasillo gritando varios improperios hasta que llega a una pared donde hay una joven de pelo castaño leyendo el libro de Historia. La rubia la coge del hombro y la zarandea con gran enfado mientras la insulta con tantas ganas como si llevara meses esperando ese momento.

—¿Qué haces, tía? ¡Para de una vez! —la chica castaña parece no entender, pero Abigail está tan sumida en su desesperación que no escucha nada.

—¡Has estado con él! —dice sin control— ¡Os habéis liado!

—¿De qué estás hablando? ¿Estás loca?

Llena de ira, Abigail la golpea en la cara y después la empuja, haciendo que la chica pierda el equilibrio y caiga al suelo. Cuando va a golpearla, un chico la coge de la cintura y la levanta por los aires para sacarla de allí. En cuanto se da cuenta de quién es, desatada, empieza a darle golpes en el estómago.

—¡Suéltame, Adrián! ¡Todo esto es tu culpa!

El chico, consternado, la baja al suelo. Sus ojos esmeralda se ven tapados por el pelo, totalmente alborotado por meterse en la pelea. Trata de ayudarla, como si fuese un auténtico caballero, pero Abigail no puede parar de moverse de forma brusca y violenta.

—¿Se puede saber qué te pasa, Abi?

La joven, con el rímel corrido por todo su rostro, solo puede expresar una terrible frustración, como si hubiese perdido toda la confianza y se hubiera convertido en una niña desvalida que a nadie importa.

Justo cuando va a contestarle, aparece el director Herrera y corre hasta la chica de pelo castaño para socorrerla. De todas las personas que había en el instituto había tenido que ir a meterse justo con la hija del director. El hombre le pregunta qué ha pasado y la chica susurra el nombre de la culpable.

—¡Abigail Favre, acuda en este mismo momento a la sala de la orientadora!

ABRAHAM

—¡Pasa, pasa!

Como en todos los recreos, los chicos organizan partidos de fútbol entre clases para saber qué equipo pagará el almuerzo ese día. Ambos equipos están nivelados, pero uno de ellos tiene al mejor defensa que había existido y eso era algo que nadie podía superar. Abraham Saadi es, según el entrenador Santos, una joven promesa que algún día se convertirá en una gran leyenda.

Es un chico de piel negra, a diferencia del resto de sus compañeros. Las personas que tenían su color de piel no eran bienvenidos en aquel instituto, y menos en los deportes, pues todos los consideraban como parásitos de la sociedad, pero Abraham había demostrado que podía hacerse un hueco donde quisiera gracias a sus dotes deportivas.

Su altura, agilidad, rapidez y carisma lo habían convertido en el chico al que todos elegían como compañero cuando tenían que entrenar y, aunque lo halagaba, también sabía que tenía personas que estaban en contra de su sueño. Matías Fernández, uno de los chicos de su equipo de fútbol, no lo aguantaba, entre otras cosas, porque sabía que si Abraham seguía en el equipo, él jamás llegaría a

conseguir la beca deportiva a final de curso. Durante meses le había hecho feos terribles e incluso había llegado a mandarle mensajes anónimos para asustarle y que abandonase el equipo, pero lo único que tenía claro Abraham era que eso jamás ocurriría.

—¡Corre, Abraham! —gritan sin parar sus compañeros de equipo.

El joven consigue quitar el balón a uno del equipo contrario justo cuando iba a tirar a puerta y recorre todo el campo regateando a los demás sin parar, como una auténtica bala. Pero entonces, a escasos metros de la portería, cuando se prepara para lanzar, un chico aparece y le pega una patada en la espinilla, provocando que caiga al suelo y pegue un grito impregnado de dolor.

—Ups, ¿te he dado? —Matías es el atacante y, sin duda, no lo lamenta ni por un instante.

—¡Has ido a por mi pierna, no a por el balón! —se queja el chico del piel negra sin parar.

—¿Insinúas que he intentado lesionarte? —la sonrisa triunfante que asoma en la cara de su enemigo hace que Abraham se exaspere más.

Ante aquello, Abraham reacciona golpeando la pierna de Matías y haciéndole caer también al suelo. En cuanto Matías se percata de lo que le ha hecho su compañero, se tira hacia él y trata de darle un puñetazo, pero Abraham logra pararlo y le devuelve el golpe en las costillas.

Se forma un círculo en torno a ellos y mientras unos gritan "¡pelea!", otros sacan sus teléfonos y empiezan a grabarlo sin intención de detenerlo. Matías, al ver que no puede hacer nada contra los golpes de su compañero de equipo, comienza a insultarle por su color de piel, lo cual enerva más a Abraham.

En el momento en que va a darle un golpe en la cara a Matías, nota que alguien lo agarra con una fuerza descomunal y lo lanza a unos metros de su contrincante. Es el entrenador Santos, un hombre que mide casi dos metros y al que es mejor no hacer enfadar.

—¡ABRAHAM, PARA! —le grita con decisión— Vete ahora mismo a enfermería y después iremos a hablar con la nueva psicóloga.

VANESA

Todo el mundo la mira por el pasillo mientras pasa. A diferencia del resto de chicas, solo está cubierta por una pequeña toalla que le cubre ligeramente el tronco y un poco de sus extremidades. La lleva agarrada por detrás, pues la toalla es demasiado pequeña para su cuerpo. Da igual el lugar por donde pase, todos se ríen de ella. No hay nadie en el instituto que no se haya enterado del ridículo que ha hecho.

Ella no lo aguanta más. Conforme anda, escucha los comentarios malintencionados, como los que llevaba oyendo desde que entró en el instituto: "Mira esa vaca", "Dios, que se tape un poco, menudo asco", "Tanto que enseñar y tan poco para ver". Llevaba mucho tiempo escuchando eso y todavía no se acostumbraba al dolor.

La profesora de Gimnasia, que la acompaña a buscar ropa nueva, le dice que espere sentada en secretaría un momento. La chica asiente y obedece, mientras sigue intentando tapar todo lo que puede de su cuerpo.

Todo había ocurrido demasiado rápido como para hacerla consciente de cuándo había llegado a ser el muñeco de feria de

todos sus compañeros. Como cada jueves, tenía Gimnasia a tercera hora. Odiaba Gimnasia. Ella era una chica de estatura normal y complexión grande. Su pelo era rizado, pero siempre estaba descuidado, por lo que a veces parecía que llevaba un casco en la cabeza. Su mirada era insegura y retraída, tal vez la razón por la que todos pensaron desde el primer minuto que podían meterse con ella.

La profesora Landa les dijo que ese día practicarían las volteretas laterales y nada más escucharlo Vanesa resopló. Odiaba las volteretas laterales. Bueno, y las no laterales. Odiaba todo lo que tuviese que ver con mover todo el peso de su cuerpo hasta un punto. A veces hasta odiaba andar para ir a la cafetería. La profesora hizo una demostración perfecta y les pidió que ensayasen durante un cuarto de hora para después hacer la prueba juntos.

Vanesa no ensayó, pues era consciente de que jamás le saldrían y, a la hora de la prueba le dijo que se encontraba mal del estómago y que no podía hacerla, pero la profesora la conocía desde hacía ya dos años y sabía que siempre intentaba engañarla para evitar hacer las cosas delante del resto de los alumnos. Le dijo que si no lo intentaba, automáticamente le suspendería la asignatura, de modo que Vanesa se vio forzada a hacerlo.

Se puso en la posición de salida y salió corriendo, pero justo cuando fue a dar el salto, se tropezó y cayó al suelo rodando como una pelota. Todos estallaron en risas menos la profesora, quien la ayudó a levantarse y la invitó a sentarse mientras pasaba la prueba al resto. Cuando acabaron el ejercicio, fueron a cambiarse. Las chicas iban a los vestuarios de arriba y los chicos, a los de abajo. Vanesa odiaba ser la primera en meterse a la ducha, pues siempre había algún que otro comentario por lo bajo sobre su cuerpo, así que las dejó a ellas primero y cuando todas acabaron, se metió en la ducha del fondo.

Le gustaba tararear mientras le caía agua y se enjabonaba, así que dio rienda suelta a su pasión y empezó a cantar. Era fan de AC/DC desde que su padre le compró un disco cuando era pequeña, así que no dudó en cantar a pleno pulmón "Highway to hell" hasta que escuchó un ruido. Paró de golpe la ducha junto con la canción y se envolvió la toalla para salir a ver qué es lo que pasaba. No había nadie, o eso parecía. De pronto echó un vistazo rápido a la zona donde había dejado sus cosas y se dio cuenta de que ya no estaban. Alguien las había cogido.

—Toma —la profesora Landa la saca de sus pensamientos mientras le ofrece una bolsa con ropa dentro—. Quedaban cosas en la lavandería. Espero que sean de tu talla. Pruébatelo y me dices.

—Vale —contesta ella sin mucho ánimo.

—Y, por cierto, le he contado al director lo que ha pasado y me ha dicho que lo mejor es que vayas a hablar con la psicóloga. Cámbiate y te acompaño.

Genial, piensa con desamparo*, ahora además de tener que aguantar a esa gente que se mete conmigo, tengo que aguantar también a una mujer que se cree que va a conocerme si me hace hablar…*

ERIK

Hoy estaba siendo una mierda de día para Erik. Cuando iba a salir de casa, nada más montarse en el coche, se dio cuenta de que estaba sin batería. Su madre era quien lo había usado la noche anterior para ir a comprar la cena y olvidó quitar las luces, de modo que se habían quedado toda la noche encendidas. Después de buscar durante un largo rato las pinzas, consiguió cargarlo y así emprender su camino hacia el instituto.

Para su desgracia, toda la zona estaba considerablemente llena, por lo que, después de su tercera vuelta buscando sitio, decidió estacionarlo en un aparcamiento a quince minutos de la entrada.

Al llegar a clase de Inglés, se encuentra con que el aula está vacía y, confundido, mira la hora. Estaba seguro de que había salido bastante tarde, por lo que le parecía raro llegar el primero. Se sienta en su sitio y escruta el patio desde la ventana de la clase, esperando obtener alguna noticia. Al cabo de un rato, unas cuantas chicas entran en clase, pavoneándose y riéndose mientras comentan algo que había ocurrido en la clase de Gimnasia. Cuando se fija en que una de ellas le mira, Erik gira la cabeza y deja de prestarles atención. Siempre había aborrecido a ese tipo de chicas que estaban tan desesperadas porque las mirasen que eran capaces de cualquier cosa con tal de que un chico les hiciera caso.

Al rato entra el profesor y echa una gran bronca a la clase por lo que le habían hecho a una tal Vanesa. Erik no sabe quién es Vanesa y prácticamente nadie de clase, pues había repetido segundo de bachillerato y, por ello, todos sus compañeros eran nuevos. Aun así, tampoco le hacía especial ilusión conocer a nadie.

El profesor pasa por la clase repartiendo las notas del examen que hicieron el lunes pasado. Erik no está seguro de si va a aprobar, pero tiene la firme esperanza de hacerlo. Solamente le quedaban Inglés, Matemáticas e Historia para aprobar el curso. No había estudiado demasiado, pero creía que podía conseguirlo.

—Lo siento, Erik —le dice el profesor al tiempo que le da el examen—. Tu nivel ha mejorado mucho, pero todavía te queda para llegar al aprobado.

Erik recibe el examen con cara decepcionada. Había estado estudiando, tal vez no como para aprobar, pero sí como para sacar más de un tres y medio. Se fija en que hay algunas personas que le miran y después comentan en bajo algo, tal vez criticando su puntuación o directamente a él. *La gente es idiota*, piensa para sus adentros mientras pone la nota del examen boca abajo y suspira.

No tiene ninguna clase más ese día hasta la una menos cuarto, así que después de Inglés sale a fumar a la parte trasera del patio, a un rincón escondido donde ningún profesor pueda encontrarle. Nota su móvil vibrar en el bolsillo y mira quién es.

Hola amor. Esta noche salgo a las 20:00. ¿Quieres venir a recogerme y que después vayamos a cenar?

El chico lee rápidamente el mensaje y, sin responder, lo guarda en el bolsillo. No le apetece hablar con nadie después de la mierda de día que estaba teniendo. Necesitaba aprobar Inglés y las otras asignaturas para poder estudiar el grado de Mecánica, pero a estas alturas empezaba a verlo imposible.

—¿Quién está ahí? —Erik se esconde para que no le vean.

Un hombre con uniforme negro y un gorro aparece por el lugar y empieza a hacer preguntas en alto mientras rebusca dónde está el presunto intruso. Cuando se ve acorralado, Erik solo puede pensar en salir corriendo y, para ello, golpea al hombre, tirándolo contra la pared. Aprovecha que el de seguridad grita de dolor y se va a todo correr de allí, pero, al estar tan nervioso, choca con alguien, dejando caer el cigarrillo al suelo.

—¡Erik! —exclama el hombre con el que se había golpeado.

El chico le escruta y se da cuenta de que es su profesor de Inglés. La mirada del hombre va rápidamente a parar al cigarro que hay en el suelo y después a su alumno.

—¡No le deje ir! —grita por detrás el hombre del uniforme— Estaba escondido fumando y me ha tirado al suelo.

El profesor vuelve a mirarle y se pasa la mano por la cabeza como diciendo "otra vez no, Erik". El hombre uniformado se propone a sí mismo para llevarle ante el director, pero el profesor le dice que se encarga él. Cuando se quedan solos, Erik pisa el cigarro y baja la cabeza avergonzado.

—Gracias, profesor —dice cohibido. Desde que entró en el instituto era el único profesor que lo había intentado ayudar cuando se metía en problemas, lo cual era casi siempre.

—Creo que es hora de que las cosas cambien. Desde el año pasado te veo poco centrado y creo que necesitas ayuda. Hoy ha empezado a trabajar la nueva psicóloga. Te derivaré a ella para que habléis.

Erik desea soltar una queja, pues lo último que necesita es hablar con un loquero, pero después de como se había portado su profesor con él sabía que lo mínimo que podía hacer era obedecer y no montar una escena innecesaria.

Así que, tragándose todo su orgullo, acaba por asentir con la cabeza y hasta le dedica una media sonrisa de cortesía.

ISAAC

Las clases de Química eran las favoritas de Isaac. Con todo eso de los protones, electrones y fórmulas científicas siempre solía

emocionarse y pensar en que, tal vez, por algún misterio de la física, él podría llegar a convertirse en el nuevo superhéroe de moda.

Le gustaban los cómics y las historias ficticias que albergaban poderes. Se veía identificado con sus protagonistas y, si le preguntabas, seguro que te decía que algún día crearía la araña que picó a Peter Parker y se convertirá en el Spider-Man de la nueva era.

El profesor los había dividido por parejas para que hicieran una disolución que venía indicada en el tema tres con gran detalle. A Isaac le parecía casi un insulto que viniese todo tan explícito, pues, para él, la química era algo que debía tratarse de aciertos y errores.

Su compañero, Víctor Hernández, era un chico latino de baja estatura y cuerpo fornido. No habían hablado mucho, pero, como tenían apellidos cercanos, siempre les tocaba juntos en los proyectos de Química. Víctor intentaba seguir la mente de Isaac, pero este parecía un loco cuando se trataba de experimentar.

—Muy bien. Ahora que ya sabéis lo que hay que hacer, tenéis cuarenta minutos.

La profesora cierra el libro y se sienta en la silla con cierta elegancia. Cuando vuelve a mirar a la clase, ve a Isaac con la mano levantada, gira la cabeza y hace como si no se hubiera dado cuenta. El chico empieza a toser para llamar su atención y, cuando ya toda la clase le pide silencio, la profesora le pregunta qué quiere.

—Señorito Gómez —dice ella con tono de desaprobación—, acabo de explicar todo. ¿Qué clase de duda puede tener?

—Ninguna, profesora. He acabado el ejercicio y, si me permite decirlo, era extremadamente fácil.

—Vaya, qué novedad que acabe el primero —la mujer vuelve los ojos, irónica—. ¿Y qué quiere?

—Me gustaría coger algunos elementos del aula para probar una disolución original, de mi propia cosecha.

—Ya... —ella lo mira como preguntándose qué ha podido hacer mal para que le toque con él en clase— Me parece que no. Quédese ahí y espere.

—Pero... —la profesora le corta.

—¿Quiere que se lo repita?

Isaac, al ver cómo la profesora le omite, se irrita y trata de buscar una opción para seguir con su plan. Se fija en que no muy lejos de su sitio está el armario donde guardan los compuestos, así que se tira al suelo y se mueve como una serpiente para llevarlos hasta su mesa sin que la profesora le vea. Después del tercer viaje logra llenar su mesa de botes de diferentes colores y su compañero Víctor lo mira impaciente, preguntándose qué será lo que va a hacer a continuación.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Robar los compuestos para crear mi propia disolución.

—¿Y eso no es exactamente lo que la profesora te ha prohibido?

—Sí.

—¿Y vas a hacerlo?

—No he cogido todos estos tarros de cristal para mirarlos. Claro que voy a hacerlo.

—Estás loco.

—Seguro que a Tony Stark le dijeron lo mismo cuando creó el traje de Ironman, pero sin él, el universo de Marvel no hubiera sido lo mismo.

—Definitivamente estás loco.

Isaac ríe como un villano de película mientras comienza a mezclar los tarros con el agua. Llega a un punto en el que no

está seguro de qué cosas había mezclado, pero no quiere parar. Le encanta la sensación de estar creando algo nuevo.

Es entonces cuando una chica grita "¡niebla verde!" y todos los estudiantes se levantan asustados, tratando de buscar una escapatoria a aquello. La profesora busca al culpable y no tarda demasiado en encontrarse con la mirada disparatada de Isaac, fijada en el bote de cristal de la disolución, de donde sale toda la humareda verde.

—¡ISAAC GÓMEZ, VAYA AHORA MISMO AL DESPACHO DEL DIRECTOR!

NOAH

Una chica de piel blanca como la nieve camina por los pasillos del instituto "Mirada Especial". Vaga sin rumbo, sin un objetivo, solo perdida en lo más profundo de sus pensamientos, discerniendo entre si lo que iba a hacer era un acto de valentía o de debilidad.

Sin querer, choca contra una chica a la que le tira los libros. La joven le grita algún que otro improperio, pero ella no le hace caso, pues está tan metida en sus pensamientos que su mente se encuentra muy lejos de allí.

No la quiero en esta casa. Ha sido un estorbo desde el día en que llegó. Deberíamos dejar que se pudra en la calle de nuevo.

Pese a que había escuchado esas palabras la noche anterior, no se las podía quitar de la cabeza. Iban a volver a mandarla a la calle, como había pasado cinco años atrás. No quería volver a esa situación, pero tampoco quería ser la razón por la que otras personas fueran infelices.

Así que tenía que hacerlo.

Va hasta el lavabo de chicas, que está en el ala oeste del instituto, y cuando se asegura de que no hay nadie, saca las pastillas que lleva guardando todo el día. Hacía ya tres años que fue enviada a un psicólogo que se las había recetado para algo que llamó "estado depresivo". A Noah no le gustaba medicarse, así que las tomó la primera semana y después las dejó en el cajón de abajo de su mesilla de noche.

Se mete en el baño que está al fondo y mira la hora. Son las dos y media del mediodía, justo la hora a la que todo el mundo desaparece del instituto para irse a casa. Nadie la molestaría. Nadie la detendría.

Abre el bote y se echa en la mano quince pastillas. Eran suficientes, o eso había leído en Internet. Empieza a tomarlas de una en una, pero cuando va por la décima escucha a alguien entrar y se detiene.

La persona que está fuera enciende el grifo y pasa a secarse las manos. Mientras se lava, Noah la escucha canturrear una canción, que no logra identificar: estaba empezando a adormecerse. Trata de guardar la compostura, pero empieza a sentirse muy cansada y, entonces, cae al suelo.

Se golpea contra la puerta del baño y automáticamente pierde el conocimiento. Su mente empieza a volar muy lejos y, en sus sueños, ve un gran túnel lleno de luz. Un túnel que, tal vez, podía significar la esperanza. Por un momento, decide aferrarse a él.

CAPÍTULO 2

Si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama.
San Agustín

12 de octubre de 2017 - JUEVES
ELENA

¿Dónde me he metido?, se pregunta Elena sin moverse de la cama, con la almohada en su cara y su mente en un lugar muy lejano. *¿De verdad voy a ser yo capaz de ayudar a estos chicos?*

En su primer día de trabajo, el director y algunos profesores le habían derivado a cinco alumnos que, según ellos, merecían una charla psicológica urgente. El problema es que cuando Elena los conoció no le parecía que necesitasen algo así.

Cuando llegó al despacho estuvo alrededor de una hora limpiándolo y pegando varios posters que había traído. Uno de sus profesores del instituto siempre colgaba posters por el aula y eso le ayudaba a entender las cosas y a sentirse más metida dentro de la clase, así que cuando acabó la carrera, se prometió a sí misma que haría lo mismo.

Colocó en la pared que estaba al lado de la entrada de la puerta un póster alentador sobre cómo hacer tu vida mejor en diez sencillos pasos; otro de las teorías del aprendizaje, en la pared contraria; uno, sobre la pirámide de las necesidades de Maslow a su lado; y el último, sobre la asertividad, detrás de ella. Le gustaba pensar que ese iba a ser su lugar durante... bueno, esperaba que durante mucho tiempo, pero no lo sabía a ciencia cierta.

La siguiente hora simplemente estuvo revisando una carpeta que le había pasado el director con el nombre de los alumnos más dados a cometer actos vandálicos, esperando que alguno de ellos pudiera aparecer allí ese día. Entonces, a cinco minutos de que dieran las once, escuchó por el pasillo la voz del director gritando a alguien. Abrieron la puerta y, efectivamente, era el director Herrera, que traía del brazo a una joven de metro setenta que parecía una Barbie.

—Su primer trabajo —le dijo mientras la obligaba a sentarse en la silla que estaba frente a Elena—. No se deje engañar por su palabrería.

La chica de pelo rubio lo miró con rabia mientras salía por la puerta, después se dio la vuelta y echó un ojo a Elena, como si la estuviese evaluando. Iba maquillada como una modelo de pasarela y tenía el pelo tan largo que parecía una princesa Disney. Sus ojos eran peleones, pero a la vez tenían una gran tristeza que los invadía. La chica llevaba un vestido de color rosa pastel de manga corta que le quedaba ceñido en la cintura, dejando ver un cuerpo bien cuidado y estilizado.

—Hola —saludó la psicóloga con una sonrisa.

—Por favor... —susurró la joven— Mira, vamos a hacerlo fácil, loquera. Mis padres tienen mucho dinero, así que si me deja salir de aquí ahora, le pagaré muy amablemente. Diré que he aprendido mucho de usted y que no volveré a hacer nada. Todos ganamos.

Su sonrisa triunfadora hizo que a Elena le entrasen ganas de pegarle una bofetada. Parecía que esa chica no había aprendido en toda su vida lo que significa tener educación.

—¿Qué es lo que no volverás a hacer? —preguntó Elena sin hacer caso al resto de sus palabras. La chica puso cara de que no entendía a qué se refería— Has dicho "diré que he aprendido

mucho de usted y que no volveré a hacer nada", lo cual significa que has hecho algo y eres consciente de ello. ¿Qué has hecho?

—¿Y no has oído el resto? —Elena siguió mirándola sin responder— Pegué a mi mejor amiga o, bueno, lo intenté.

—¿Hay alguna razón? Pegar a alguien, y más a tu mejor amiga, me parece un poco... serio.

—Se acuesta con mi novio.

—¿Lo afirmas o es una creencia?

—Encontré mensajes en el teléfono de mi novio. Hablan mucho y creo que tontean.

—Así que es una creencia. Pero lo piensas firmemente por algo, ¿no?

—A Sabrina le gusta Adrián. Ha sido así desde antes de que yo saliese con él, pero ahora lo oculta por miedo a mi reacción.

—Pero si estás bien con Adrián, no tienes nada que temer, ¿no?

La joven echó la cabeza hacia atrás dejando caer el pelo por detrás de la silla. Parecía que iba a llorar. Al cabo de un rato de conversación, Elena descubrió que se llamaba Abigail. Estuvieron casi media hora más hablando sobre ese chico, Adrián, y sobre la relación que tenían. Al principio, Elena no le dijo nada, pero le parecía bastante tóxica, aunque antes de sacar un diagnóstico prefería conocerla más.

A primera vista no parecía una chica que necesitase ayuda, pero conforme hablaba con ella, se dio cuenta de que, sin lugar a dudas, lo era. Cuando Abigail se levantó para irse, Elena salió de detrás de la mesa y le dio la mano. Le dijo que quería verla la semana que viene para cerrar todo y que hablaría con el director para que no la castigase de forma desproporcionada. La psicóloga sacó su cuaderno y apuntó:

Abigail Favre, 2º de Bachillerato, clase B

Pelea con su mejor amiga porque piensa que su novio la engaña con ella. Joven insegura, busca comprar a los demás, acostumbrada a que todos la sigan y acepten. Excesiva preocupación por su físico. Padres ricos que le dan todo lo que pide.

***

No pasaron ni quince minutos cuando entró en su despacho otro joven. Tenía la piel oscura, con un semblante serio y reflexivo. Además, el cuerpo del joven era alto y delgado, pero al mismo tiempo, atlético. Casi podía decir que era un jugador profesional de baloncesto con su casi metro noventa. Vestía ropa deportiva y tenía el rostro serio y enfadado. Elena se fijó en que su pie derecho estaba vendado y se preguntó si esa era la razón por la que estaba allí. Le dio la mano y le invitó a sentarse donde minutos antes había estado Abigail.

—Hola, me llamo Elena y soy la nueva psicóloga del instituto.

—Soy Abraham —contestó de forma seca y automática. Tenía la cabeza agachada y ni siquiera para hablar la había mirado.

—¿Por qué estás aquí, Abraham?

—El entrenador me dijo que viniera.

—¿Ha ocurrido algo para que te lo proponga?

—No ha sido una proposición, ha sido una orden —corrige enfadado—. Un estúpido de mi equipo de fútbol me golpeó y yo le devolví.

—¿Por qué no avisaste al entrenador y ya está?

—Porque en este instituto si eres un chico blanco y con dinero, tienes corona y eres casi de la realeza. Nadie castiga a los chicos así, a menos que no hagan algo horrible.

—¿Piensas que te mandaron a verme porque eres negro?

—No. Me mandaron a verla porque no soy blanco y rico.

Elena estaba interesada en lo que Abraham decía, pero pensó que el problema no venía de cómo él se había sentido, sino de algo más profundo. Si el instituto era como lo definía y aun así había podido entrar en el equipo, significaba que era bueno. Tal vez si iba por ese lado, consiguiese más que haciendo que solo hablase de las injusticias que había en su equipo.

—¿Eres bueno jugando a fútbol? ¿Te gusta?

—Sí. Juego desde que tenía tres años. Mi padre era un gran jugador a mi edad y me ha enseñado muchas tácticas.

—Supongo que el entrenador estará muy contento contigo.

—Dice que hacía años que no veía a alguien jugar como a mí.

—Eso debe ser halagador —él asintió con una ligera sonrisa— ¿Y tu padre qué piensa?

—Mi padre trabaja mucho y casi no está en casa. Está contento con mi participación en el fútbol, pero no suele venir a los partidos porque trabaja.

—Vaya, ¿te entristece?

—Me gustaría que estuviese, pero lo entiendo. Mi madre y mis hermanos vienen a todos mis partidos e incluso hacen carteles para apoyarme.

Elena y Abraham hablaron un buen rato más. Ella le preguntó sobre su familia y parecía que había conseguido llegar a la parte sensible del deportista. Era el mayor de ocho hermanos y, como su padre no podía estar en casa, él era el encargado de cuidarlos. Su madre no trabajaba actualmente porque tenía una enfermedad llamada fibromialgia, la cual estaba en su punto álgido y no la dejaba moverse de la cama. Los sábados y domingos, que eran los días que su padre tenía más tiempo para estar en casa, Abraham los aprovechaba para trabajar en una pequeña cafetería al lado de donde vivía.

Cuando hablaba de su familia, se le iluminaban los ojos y ya no había nada de dolor en su mirada. Desde luego había sido un acierto nombrarles y dejar de lado el resto de temas sobre el instituto. Le parecía increíble cómo aquel chico hablaba de todo lo relacionado con su familia sin ningún problema, como si no le costase. Era abierto y decidido, lo cual provocaba un gran contraste con como se había presentado al principio de la sesión. Al finalizar, Abraham salió por la puerta y ella sacó la hoja donde había escrito antes y, debajo de sus anotaciones sobre Abigail, escribió:

Abraham Saadi, 2º de Bachillerato, clase B
Se ha defendido de su compañero cuando lo ha atacado. Negro, aborrece la élite blanca del instituto. Es el mayor de ocho hermanos, entregado a su familia. Ama los deportes, detesta las injusticias. Le cuesta integrarse en los grupos porque siente que va a ser juzgado.

***

Cuando Abraham salió, una mujer alta vestida con chándal y cara de pocos amigos ocupó su lugar. Por un momento Elena se preguntó si sería una alumna que había repetido durante años, pero en cuanto habló salió de dudas.

—Eres la nueva psicóloga, ¿no? —Elena asintió— Verás, la chica que va a entrar ahora se llama Vanesa. Estábamos en clase de Gimnasia y unas chicas le cogieron la ropa. Ha tenido que pasear por el instituto con solo una toalla y creo que está bastante avergonzada, pero tampoco sé cómo ayudarla. El director me ha aconsejado que la traiga porque yo no tenía ni idea de qué hacer con ella...
—No se preocupe. Hágala pasar —le dijo Elena con una sonrisa.

Aquella mujer parecía una buena persona y, desde luego, estaba preocupada por aquella chica, aunque probablemente fuera

más porque era su responsabilidad que porque le agradara. Llamó a la joven y entonces apareció por la puerta una adolescente bajita y un tanto corpulenta. Tenía el pelo rizado y todavía mojado. Llevaba una camiseta blanca de manga corta que le quedaba muy ceñida por la cintura y unos pantalones vaqueros que le quedaban largos. Nada más verla, Elena sintió una punzada en la tripa. Aquella chica estaba seria y decaída. No lloraba, pero la mirada que tenía era peor que las lágrimas.

—Os dejo. Después, vete a casa directamente y descansa, ¿vale?

—Vale —respondió con un hilo de voz. Parecía que en cualquier momento fuera a romperse.

Elena la invitó a sentarse y la chica accedió como si no tuviese otra elección. No la había visto todavía de cerca, pero cuando la miró, se fijó en que tenía los ojos verdes claros y la cara llena de pequeñas pequitas. Tenía unos pómulos marcados y anchos que hacían juego con su boca y nariz. En realidad aquella chica era preciosa cuando te parabas a mirarla.

—¿Qué tal estás? —nada más hacer la pregunta, Elena se arrepintió. Obviamente estaba mal.

—Bien —se notaba que mentía. Estaba claro que no quería hablar de lo que había pasado.

—Tu profesora me ha contado lo que ha pasado. No hace falta que ocultes cómo te sientes. Quiero escucharte.

—No oculto nada —levantó la cabeza y por vez primera cruzaron sus miradas de verdad—. ¿Crees que es la primera vez que me hacen algo como esto? Esta gente, el instituto... todo esto es una auténtica mierda y lo llevo viviendo desde que entré. No va a cambiar nada por que yo diga cómo me siento.

—Puedo intentar ayudarte si me dices quién ha sido el que... —la chica le cortó.

—¿No lo entiendes? ¡Da igual quién me ha cogido la ropa! Si no es una, será otra persona la que me lo haga. Hablar de ello solo hace que sienta más pena de mí misma.

—Yo no siento pena por ti, Vanesa.

—Claro que no. Te pagan por decir eso. Al igual que el resto de profesores tienes que hacer como si nosotros, los alumnos a los que nos putean, fuésemos seres a los que hay que proteger y querer, pero yo sé la verdad: NO OS IMPORTAMOS UNA MIERDA.

—Me importa entender lo que sientes.

—¿Para poder ayudarme? —rio con descaro y volvió la mirada a la profesional— Nada va a hacer que deje de ser el mono de feria de esta gente.

—Puede que no, pero tal vez pueda ayudarte a que lo sientas de otra forma.

Vanesa baja la cabeza y mira hacia uno de los posters que había colgado, el de la pirámide de las necesidades de Maslow. Su mirada se queda tan perdida en él que Elena se pregunta por qué.

—¿Sabes lo que es la pirámide de las necesidades?

—Supongo que una especie de pirámide que trata de satisfacer las necesidades humanas.

—Sí, es algo más complicado que eso, pero la base está bien definida. ¿Qué crees ahora mismo que podría hacerte feliz?

La chica de pelo rizado se quedó pensando un rato, pero no parecía encontrar una respuesta completa a la pregunta.

—No lo sé. Lo primero que se me ha ocurrido es cambiarme de colegio, pero eso sería huir de los problemas; lo segundo, es tener mucho dinero, pero en realidad no sé qué haría con él; y luego he pensado en que todo el mundo me quisiera, pero creo que es algo poco real y, a largo plazo, nada satisfactorio.

—Así que no lo sabes.

—Creo que la felicidad es algo cambiante, algo que no se estanca en "oh, he conseguido aprobar, soy feliz". Me explico fatal, ¿verdad?

—En realidad, te explicas muy bien.

A Elena le fascinaba la forma de pensar que tenía Vanesa. Al principio había entrado de forma tímida y cohibida, como si la confianza en sí misma fuera nula; después se mostró atacante y reacia a cualquier tipo de ayuda. Sin embargo, ahora parecía alguien mayor, con cabeza y ganas de entender todo, incluida a ella misma.

Elena no le hizo preguntas personales, sobre todo porque la propia Vanesa parecía que no quería tratar temas así, pero le gustaba dialogar y disfrutaba del conflicto de opiniones. Después de un rato, Elena le dijo que sería bueno que volviese otro día para seguir hablando y ella le dijo que lo pensaría. Cuando Vanesa se fue, Elena escribió:

Vanesa Robles, 2° de Bachillerato, clase C

Ha acudido porque algunas personas del instituto la tratan mal y le hacen bromas pesadas. Es firme, coherente e independiente. No le gusta pedir ayuda ni enfrentarse a sus miedos. Tiene miedo a que la conozcan y la hieran, por lo que mantiene una barrera.

***

El próximo chico que tenía en la puerta del despacho era un joven de metro ochenta, ojos azul cielo y pelo corto. Llevaba una camiseta blanca con un dibujo que no lograba identificar de qué era. Sus pantalones le quedaban tan bajos que podía jurar que si se agachase, era capaz de verle el culo. Elena lo invitó a sentarse y él, con cara de pocos amigos, accedió. Cruzó los brazos y se echó para atrás, con pinta de desaprobar el estar allí.

—Me da la sensación de que no estás aquí por iniciativa propia —dijo ella tratando de romper el hielo.

Él posó la mirada en la psicóloga y, después, miró hacia abajo. Definitivamente no estaba allí porque quisiera.

—Podemos estar toda la hora aquí sentados sin decir nada si es lo que quieres.

—Lo que quiero es pirarme a casa.

Su voz era ronca y tosca. Parecía agresivo e irascible pero, por algún motivo, a Elena le daba la sensación de que no era tan malo como él la quería hacer creer.

—¿Te ha obligado el director a venir?

—El director es gilipollas. Ese no puede obligarme a nada.

—Pero estás aquí y no es porque te apetece, lo que significa que alguien te ha dicho que vengas. ¿A quién tengo que agradecer tu visita?

—Me lo pidió mi profesor de Inglés.

—¿Y por qué le has obedecido?

—Porque me lo pidió, no me obligó. Además, es un tío guay, no como el resto de profesores estúpidos que solo tienen ganas de que les idolatres.

—¿Eso sientes? ¿Que solo buscan usar su poder?

—No es solo un sentimiento. Todos los adultos sois así.

Era gracioso cómo metía a todos los adultos en el mismo saco, como si todos le hubiesen defraudado en algún momento.

—Ese es un comentario muy general, ¿no crees? "Todos los adultos sois así" —repitió ella con voz masculina.

El joven sonrió por primera vez en toda la sesión, dejando ver una dentadura perfecta.

—Los adultos no entienden a los adolescentes. Lo digo en general, pero seguro que hay algunos que se libran.

—Como tu profesor de Inglés.

—Es idiota a veces, pero a la hora de la verdad no se va cuando lo necesitas.

Elena pensó que estaba muy cerrado para trascender más de esa conversación, así que decidió seguir hablando del profesor de Inglés para conocer así a Erik (después de cuarenta y cinco minutos consiguió que dijera su nombre).

Aunque en general él era bastante reacio a hablar sobre sí mismo, no le costaba hablar de los demás ni tampoco de cómo afectaban los demás a su vida. En ese momento, Elena pensó que lo que pasaba, tal vez, era que aquel joven guardaba un secreto del cual no quería hacer partícipe a nadie.

Erik se levantó para irse una vez que Elena vio que esa sesión no iba a avanzar más. Le despidió con un apretón de manos y sacó su cuaderno para escribir:

Erik López, 2° de Bachillerato, clase C

No ha querido hablar de la razón por la que le han pedido que vaya, pero ha accedido porque su profesor se lo ha pedido. Odia la autoridad y siente que nada tiene poder sobre él. Es descuidado y terco, pero parece tener un fondo valiente y noble. No le gusta hablar sobre sí mismo y pareciera que esconde un secreto.

***

Elena empezó a recoger sus cosas para irse, pero justo cuando abrió la puerta, se encontró con un chico de ojos marrones que era unos diez centímetros más alto que ella. Era delgado pero tenía los hombros anchos. Su pelo estaba despeinado y desde el segundo en que se cruzó con él solo lo veía sonreír. La psicóloga se echó hacia atrás y extendió el brazo para saludarle:

—Soy Elena, la psicóloga del instituto.

—Yo soy Isaac, lector de cómic experimentado, ganador del concurso de cubos de Rubik y seriéfilo/cinéfilo/bibliófilo de primera categoría. Un placer.

El joven le dio la mano sin dejar la sonrisa y le dijo que el director le había dicho que fuera allí a hablar con ella. Elena se preguntó qué podía haber hecho aquel chico tan simpático para que el director lo mandase allí. Cuando ella se sentó en la silla, se fijó en que Isaac llevaba millones de pulseras en ambos brazos y una camiseta de una serie llamada "Dragon Ball". No pudo evitar esbozar una sonrisa, pero él no pareció hacerle caso.

—Bueno, ¿y qué haces aquí, Isaac?

—¿Versión larga o corta?

—Decide tú.

—¿Para analizarme? —preguntó sin tono juicioso, solo por curiosidad— Dm... creo que elegiré la corta. Pues bueno, estaba en el laboratorio de química, que es mi asignatura favorita, por cierto, y la profesora nos pidió que hiciésemos una disolución que, sin ánimo de ofender, era de broma, así que la hice y en el tiempo que me sobró hice otra disolución. Si lo miro con perspectiva, tal vez fuese un poco peligrosa, pero no como para mandarme al despacho del director. Bueno, el caso, que hice otra disolución y salió un humo verde que parecía que iba a convertir a la clase en una oleada de mini-Hulks, pero al final no pasó nada.

—Suena peligroso.

—Fue dramático porque una chica gritó "¡humo verde!" —Isaac imitó la voz de la chica haciendo una versión ultra aguda de la suya, lo que hizo reír a Elena—. Pero créeme, no fue para tanto. A la gente le gusta enloquecer por cualquier cosa.

—¿Y qué te ha dicho el director?

—Pues que ya es la cuarta vez que me pasa en este curso y blablablá... Tiendo a desconectar cuando alguien que no me importa demasiado me habla, ¿sabes? Oh, espera, eres psicóloga, ¿es posible que se trate de alguna enfermedad mental crónica? ¿Puede que esté desarrollando poderes o algo así?

—Creo que simplemente no escuchas lo que no te interesa. Siento decirte que no es ningún trastorno por el momento.

—Vaya, hubiese sido alucinante.

—Has dicho que es la cuarta vez que te pasa en este curso. Que yo sepa llevas un mes de curso, ¿qué más has hecho?

—Tonterías, pero en el colegio siempre le dan más bombo del necesario.

—Es normal si creen que peligra la vida de los alumnos, ¿no?

—No lo hacen porque peligra la vida de los alumnos, sino porque no quieren que su estatus se vea dañado. Si yo supiese que alguna de las cosas que hago puede hacer daño real a alguien, dejaría de hacerlo.

Isaac le estuvo hablando sobre las cosas que había hecho ese curso con más profundidad y, aunque le contaba muchas cosas, la única sensación que tenía Elena con sus palabras era que estaba muy solo, como si no pudiese hablar con nadie. De hecho, parecía disfrutar de su compañía y eso era raro. Él no podía dejar de hablar, tenía una gran incontinencia verbal, lo cual es genial si eres psicóloga, pero agotador cuando ves que no puedes cortarle.

Como ya eran casi las dos y media, decidió que era el momento de parar y le pidió que volvieran a reunirse la semana que viene. Sentía que no había avanzado nada con él, pero, tal vez, si esta semana le daba una vuelta a cómo habían estado, podría ayudarle y sacar lo que él llevaba dentro. Se despidió de Isaac en la puerta, aunque él parecía no querer irse. Elena se sentó en su silla por última vez ese día y comenzó a escribir:

Isaac Gómez, 2º de Bachillerato, clase A

Ha venido a verme porque en clase de Química creó un compuesto verde que asustó al resto de compañeros. Incontinencia verbal, lleno de divagaciones. Mucho uso de la razón y pocos sentimientos. Parece que es una persona que se abre, pero en realidad no se llega a él con facilidad. Falta de relación con otras personas. Necesidad de hablar.

***

Antes de irse a casa, Elena fue al lavabo de chicas con la intención de ver cómo estaba después de todo el día. La sensación que tenía era más una fatiga mental que física, por lo que necesitaba darse un poco de agua en la cara. Se lavó ligeramente las manos mientras canturreaba *Let her go,* de Passenger, y, cuando iba a salir, escuchó un golpe en la puerta del fondo, como si alguien se hubiera caído.

Un poco asustada pensó que podía tratarse de una emergencia y corrió para intentar abrirlo, pero tenía el pestillo puesto y no podía. Se fijó en que empezaba a caer sangre por debajo de la puerta y supo que tenía que hacer lo que fuera para sacar a quien estuviera allí dentro. Pegó repetidos golpes en la puerta y gritó para que alguien le contestara: nadie pareció hacerlo. Observó el lugar y, al ver la papelera, la cogió y la tiró contra la puerta unas cuantas veces hasta que se abrió.

Cuando por fin consiguió entrar, vio a una chica de pelo negro que estaba tirada en el suelo con la cabeza sangrando, tal vez por el golpe que se había dado contra la puerta del baño. Elena la sacó a una zona más espaciosa y le pegó varias tortas en la cara, tratando de hacerla volver en sí, pero nada parecía conseguirlo. Vio que había un bote de pastillas esparcidas por el suelo del lavabo y, sin pensarlo más, llamó al 112 para que fueran a ayudarla.

Aquella chica había intentado suicidarse.

CAPÍTULO 3

Vivir no es solo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.
Descansar es empezar a morir.
Gregorio Marañón

13 de octubre de 2017 - VIERNES
ERIK

Viernes, el mejor día de la semana para Erik porque no tenía ninguna clase y encima los dos días siguientes eran fiesta. Era su día de descanso, por lo que tenía un mundo de posibilidades por delante. Podía ir a dar una vuelta en su moto lejos de la ciudad y pasar el día solo; o, tal vez, podía quedarse en casa escuchando música mientras arreglaba unas partes del coche que llevaba posponiendo casi un mes; otra opción era ir a ver a Isabella, su novia, ya que el día anterior no habían quedado; o, quizás, simplemente podía hacer todo.

Vive en una pequeña casa familiar, en un segundo piso. Es una casa compartida con otra familia, adjudicada por el Estado. Es amplia para tres personas, pero en ocasiones se le hacía pequeña cuando quería trabajar arreglando coches. No era un trabajo oficial, pero, de vez en cuando, sus amigos del barrio le llevaban sus vehículos para que les echase un ojo. Erik tenía una capacidad especial para ello y desde que tuvo conocimiento lo puso en práctica. Su tío Fran le había dicho que si se sacaba la titulación necesaria, lo contrataría al instante, pero no podía aceptarlo sin

ella. Aun así, en ocasiones iba a ayudarle y recibía una remuneración económica por sus servicios.

Vivía con su madre y su hermana pequeña Andrea. Él era el hombre de la familia, por ello siempre trataba de hacerlas sentir seguras y confiadas. La pequeña Andrea tenía nueve años y era una auténtica culo inquieto. Le encantaba enterarse de todo y no paraba de molestar a Erik siempre que podía, pero desde el amor y el respeto incondicional. Para ella, él era su héroe. Su madre era una mujer de cuarenta años, baja de estatura y una sonrisa que, cada vez que miraba, le recordaba a las flores en plena primavera: bellas e inocentes. Siempre sonreía, a diferencia de Erik. Era amable, bondadosa y cuando la necesitabas estaba para ofrecerte una palabra de ánimo, independientemente de quién la necesitara. Su hijo pensaba que era demasiado buena y era precisamente eso lo que le gustaba de ella.

Decide comenzar la mañana con los arreglos del coche, pero al instante aparece su hermana pequeña —que llevaba en la cama dos días porque estaba pasando una gastroenteritis— para hacerle un montón de incesantes preguntas: ¿Qué haces?, ¿puedo ayudar?, ¿necesitas que te pase alguna herramienta?, ¿qué vas a hacer hoy?, ¿quieres jugar conmigo?, … Normalmente Erik se desesperaba y le pegaba un grito para que volviese a su cuarto, pero hoy estaba de buen humor, así que le pidió que sujetara la caja de herramientas para que él no tuviera que moverse tanto. No era un gran trabajo, pero bastaba para hacerla callar durante un rato.

Cuando acabó, acompañó a Andrea hasta su cuarto y se quedó con ella hasta que se durmió. A diferencia de él, su hermana era todo afecto y cariño. A veces Erik se preguntaba cómo habían podido salir tan diferentes siendo hijos de las mismas personas.

Dejó la comida hecha para que cuando su madre volviera de trabajar no tuviera que preocuparse y a las doce y media salió con la moto. No tenía ningún destino concreto, solamente quería sentir el viento en su piel, así que condujo sin rumbo durante casi dos horas. Llegó a un pequeño puerto desde donde se podía contemplar el amplio mar y dejó la moto aparcada para ir hasta un árbol y sentarse en su sombra. Se quedó contemplando el paisaje y, por un instante, todo su mundo se llenó de tranquilidad. La brisa traía un olor que, por algún motivo, le daba nostalgia, pero no logra identificar por qué razón.

Cuando decide volver, se fija en que un monovolumen llega con una familia y sus tres hijos. Sus ojos van a parar, primero de todo, en los más pequeños, quienes parecen felices y, por un momento, le viene la duda de cómo habría sido todo si las cosas hubieran sucedido de otra manera. Come en un pequeño bar cerca del puerto y después vuelve hasta la ciudad. Se plantea si volver a casa y después ir a ver a su novia, pero al final decide ir directo y así sorprenderla en el trabajo.

Isabella trabaja en Zara desde hace ya un par de meses. Una vez que acabó el Bachillerato se metió a un grado superior de estética, pero como no llegaba a agradarle del todo se salió y empezó a echar su currículum en varias tiendas de ropa.

Erik entra en la tienda con el casco en la mano y su chupa de cuero, lo que hace que varias miradas se claven en él. Isabella está trabajando en probadores, pero cuando se da cuenta de la presencia de su novio, sale disparada a abrazarle.

Es delgada y baja, con el pelo castaño claro y un mechón rosa en la parte delantera. Tiene un piercing en la nariz y un tatuaje de

una mariposa en el brazo izquierdo. Su cara es pequeña y dulce, como la de un hada.

—¡No me habías dicho que ibas a venir! —exclama sorprendida mientras lo besa.

—Me pillaba de camino y pensé en darte una sorpresa.

—Conseguido —la chica sonríe y le abraza con ternura—. Tengo descanso en quince minutos. ¿Me esperas y tomamos algo?

—Claro.

Sale de la tienda y se queda sentado en un banco que hay a la salida. En momentos como ese daba gracias a que su novia trabajase en una tienda que estaba dentro de un gran centro comercial porque así no tenía que desplazarse a otro lugar para tomar algo. Isabella no tarda mucho en salir. Coge de la mano a su novio y van hasta una cafetería donde él pide una cerveza y ella, una coca cola *light* y un garrote de chocolate. Erik no entiende por qué se pide dos cosas tan opuestas, pero preguntárselo era sinónimo de empezar un conflicto, así que no comenta nada.

Ella le cuenta las cosas que habían estado pasando en la tienda a lo largo de estos días y, sin mucho más tiempo, vuelve a entrar a trabajar. Se despiden con un beso fugaz y él se va. Iban a quedar para cenar, pero Isabella estaba cansada, así que quedan para pasar el día siguiente juntos y a ella le daría tiempo para descansar. A Erik le hubiera gustado contarle lo que había pasado en clase y su charla con la psicóloga, pero no le parecía que hubiese habido tiempo. *Bueno, sino, podemos hablarlo mañana*, pensó él.

Va a dar otro paseo en moto y a las ocho y media llega a casa dispuesto a hacer la cena, pero cuando entra huele algo y se da cuenta de que ya estaba hecha. Su madre había salido pronto de trabajar y había hecho hamburguesas para ellos. Trabajaba en un

servicio de atención a domicilio, por lo que solía pasarse todo el día de un sitio para otro ayudando a ancianos que no podían moverse y a personas con discapacidad. Ella siempre decía que eso la hacía feliz. Esa noche Andrea le pide que le lea un cuento antes de irse a dormir y él elige "La bella y la bestia" porque sabe que es su favorito. Cuando la niña se queda dormida, la besa en la mejilla y después va hasta su madre para hablar sobre qué tal le había ido el día antes de irse a dormir.

—Todo bien, cariño. ¿Y tú?, ¿qué has hecho?

—He arreglado el coche, ya sabes, lo que te comenté de los frenos. Luego me he ido en moto a dar un paseo y me he pasado a saludar a Isa.

—¡Oh!, ¿qué tal está?

Su madre no tragaba a Isabella. Intentaba que no se le notara y siempre que él hablaba de ella actuaba con emoción e interés, pero en realidad no pensaba que fuera una buena influencia para su hijo. Erik trataba de no hacerles pasar mucho tiempo juntas porque su novia tampoco estaba cómoda, pero había momentos en los que era inevitable y, desde luego el que peor lo pasaba era él.

—Bien, sigue trabajando en Zara. Seguramente mañana pase el día con ella.

—Ah... genial. Lo único, ¿puedes estar a la mañana en casa? No quiero dejar a Andrea sola todo el día.

—Sí, se lo diré y no creo que haya problema.

—Vale, gracias hijo.

La mujer le da un dulce beso en la mejilla y se despide de él para irse a dormir. Cuando va a salir por la puerta de la cocina, se gira y mira a su madre por última vez en el día. *Es increíble*

lo fuerte que es incluso con todo lo que ha pasado, piensa Erik con admiración. *Estoy orgulloso de ser su hijo.*

ABIGAIL

Después de una semana terrorífica para Abigail, al fin era viernes. En menos de dos días se había peleado con su mejor amiga y su novio y, para colmo, se había enterado de que algunas de las que se hacían llamar sus amigas se habían puesto del lado de los que la habían traicionado. No quería saber nada de ninguno del instituto hasta que pasase todo el fin de semana.

Al salir, se monta rápidamente en el Volkswagen negro que la ha ido a recoger y se marcha sin mirar atrás. Lo último que quería era ver salir a Adrián y arrepentirse. Él se merecía sufrir por habérselo hecho pasar tan mal.

—Señorita Favre, ¿está bien? —pregunta el chófer.

—Claro que estoy bien. Vaya rápido a casa, quiero tumbarme en la cama cuanto antes.

Él asiente y el coche empieza a ir más rápido. De pronto, el móvil de Abigail comienza a vibrar y se encuentra con un mensaje de Adrián. *Encima se atreve a mensajearme el muy cabrón*, piensa ella indignada.

Abi, no puedes estar enfadada toda la vida. Tenemos que hablar.

Y una mierda, piensa mientras guarda el teléfono en el bolso. Vuelve a sonar y ella lo mira de nuevo. Otra vez él.

Sé que me estás leyendo. Dime algo.

No te mereces ni que te de los buenos días, se dice, auto-convenciéndose de que no tenía que responder aunque se muriera de ganas.

Cuando el chófer anuncia que han llegado, ella baja del coche y en la puerta de su casa se encuentra con Adrián de frente. Por un momento se queda parada sin saber qué hacer. En un primer momento, lo mira con desdén, después, saca sus llaves y, moviendo las caderas con elegancia, pasa a su lado para abrir la puerta de su casa.

—¿En serio? ¿Ni un hola? ¡He venido hasta tu casa para hablar!

—¿Sabes quién tendría muchas ganas de hablar contigo? —Abi se gira, incrédula ante las palabras de su novio— ¡Sabrina! Sí, mi ex mejor amiga Sabrina con la cual te has estado mensajeando de forma muy cariñosa.

—Somos amigos, no hay nada más. Los mensajes que dices son porque me estaba ayudando a prepararte una fiesta sorpresa.

—¿Y llamas "cariño" o "guapa" a las chicas que te ayudan a hacer una fiesta sorpresa a tu novia?

—Llamo "cariño" y "guapa" a cualquier chica. Sabes cómo soy.

Eso era verdad, piensa Abi. Adrián era el tipo de chico que tenía relaciones de amistad muy confusas con las chicas. Era tan cercano y agradable con sus amigas que era fácil pensar que en realidad eran algo más. Ese fue uno de los motivos por los que al principio de su relación Abigail había estado enfadada. Sentía que no la trataba de forma especial.

—Os vi cenando juntos el martes. ¿Era también por la fiesta?

—¡Pues claro que sí! Quería llevarte a un restaurante y ella me recomendó ese, así que fui a ver qué menú había porque como eres así de rara con la comida...

Su novia no parece del todo convencida. Todo le suena a excusas baratas y le cuesta creer que no le gustase una chica como Sabrina. No era solamente guapa, tenía un pelo precioso y un cuerpo esbelto y delgado, además, su cara era la de un ángel y llevaba siempre ropa de marca que la hacía parecer una modelo.

—Bueno, ¿me crees o no? —pregunta él, cogiéndola de los hombros. La chica no quiere mirar sus ojos porque sabe que acabará cediendo, pero después de un rato no puede evitarlo.

—Quiero creerte —él esboza una sonrisa—, pero no quiero que hables con ella. Al menos unos días. Sé que es egoísta lo que te pido, pero...

—No lo haré. Eres la única con la que quiero hablar.

Con esa frase la había reconquistado. Adrián no solía ser nada romántico, de hecho, a veces Abigail deseaba que fuera el tipo de chico que le hacía regalos hechos a mano, de los que traía flores a sus encuentros y de los que escribía poemas como declaración de amor, pero él estaba muy lejos de eso.

Lo invita a entrar y se pasan toda la tarde en el cuarto de ella viendo películas, aunque en realidad era solo una excusa para besarse sin descanso. Él se pone encima de ella y comienza a besarla de forma mucho más pasional. Abigail trata de que vaya más despacio, pero él parece cegado por la pasión. Mete la mano por debajo de la camiseta de la chica y trata de desatarle el sujetador. Ella lo aparta de un empujón y se levanta rápidamente, agobiada por la actitud de su novio.

—¡Adrián, ¿qué haces?!

Él se para en seco al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Abigail y Adrián llevaban ya año y medio juntos, pero jamás habían

pasado de simples besos. A ella le gustaba pensar que su primera vez iba a ser real y con la persona con la que iba a estar para siempre, así que cuando empezaron a salir, le explicó que ella necesitaría tiempo. Adrián aceptó sin duda, pensando que ese "tiempo" no dudaría más de un año, pero se equivocaba. Abigail había cedido alguna que otra vez ante él, dejando que él la acariciase y la tocase, pero no se sentía cómoda con ello. Su amiga Sabrina le había aconsejado varias veces que se abriera a nuevas experiencias, que viviera esa relación plenamente, pero Abigail sentía que, aunque se acostara con Adrián, aquella relación jamás sería real.

—¡Abi, llevamos casi dos años! —está ligeramente enfadado, pero sobre todo hay decepción en su voz.

—No me importa el tiempo que llevemos. No quiero hacerlo.

—¿No quieres hacerlo o no quieres hacerlo conmigo?

La mirada de ella se clava en su novio con desesperanza. No era la primera vez que Adrián le montaba una escena de ese tipo, pero aquella le parecía aún más innecesaria que las anteriores, pues acababan de volver de tener una bronca increíble para cruzarse con un comentario como ese.

—¿Sabes qué? Puedes irte ya —dice ella mientras se levanta a abrirle la puerta. Él coge la chaqueta que había dejado en la silla y, con desprecio, sale por la puerta.

—Al final eres como todas —espeta resentido.

—¿Tanto te molesta que no quiera añadirme a tu lista de polvos pasajeros?

Para cuando él va a responder, ella ya ha cerrado la puerta del cuarto en sus narices. Mira su cama y, con asco, quita las sábanas para volver a hacerla. No iba a dejar que el olor de ese imbécil se quedara impregnado en el lugar donde ella iba a dormir.

14 de octubre de 2017 - SÁBADO
ISAAC

Sábado. Concretamente el tercer sábado del mes. El día favorito de Isaac: el día de maratón cinéfilo. Nunca sabía a ciencia cierta de qué sería el maratón que tocaba ese fin de semana, pero desde que tenía cinco años se sentaba en el sofá y veía todas las películas de una saga. A algunas películas tenía que dedicar también el domingo, pero no le importaba, pues amaba el cine.

Se prepara un tazón de *Choco crispies* tamaño XXL y enciende la tele del cuarto de estar para ver qué están echando. No hay nada que le guste, así que pone las noticias y sigue comiendo. Al acabar lee algunos cómics de Marvel y después se pone a dibujar el suyo propio.

Llevaba casi dos años haciendo un cómic en el que él era el protagonista y tenía el poder de leer la mente de los demás y cambiarla a su antojo. A veces pensaba que se había puesto un poder excesivamente bueno, pero siempre encontraba alguna forma de crear un villano que le hiciese frente.

—¡Isaac! —gritan desde abajo.

¡Su padre había llegado! Eso significaba que el maratón daba comienzo. Baja a todo correr las escaleras y le saluda con una gran sonrisa.

—Hola, papá. Como hoy es el día de maratón de pelis he pensado que podíamos ver las de *Batman, el caballero oscur*o. Sé que prefieres a Superman y todo eso, pero a veces hay que hacer sacrificios por el bien...

—Isaac —le corta su padre—, acabo de venir de trabajar y me apetece descansar. ¿Puedes hacer la comida mientras me doy una ducha?

—Vale, pero piénsatelo. "Un gran poder conlleva una gran responsabilidad" —cita mientras desaparece al entrar en la cocina.

Hace unos huevos revueltos y una ensalada, pone la mesa y se sienta a esperar a su padre, quien llega con la ropa de casa puesta y una toalla en la cabeza. El padre de Isaac es alto y, aunque tiene tripa, está bastante delgado. Apenas tiene pelo, pero el que le queda está lleno de canas. Su mirada parece triste y alicaída, como un mar sin fin. A Isaac siempre le daba la sensación de que había estado llorando.

—¿Y bien? —pregunta su hijo, todavía pensando en el dilema de las películas.

—Veremos *Batman*, pero la próxima será *Watchmen*.

—¡NOOOOOOO! —grita Isaac, mientras se tira al suelo, como haciendo un acto de dramatismo.

Su padre se echa a reír y se pone a comer. Desde que era consciente, Isaac había tenido una relación muy cercana con su padre, casi de amigos, pero su progenitor siempre le había dejado claro cuál era el límite. Le gustaba saber que, aunque no abundaran amigos en su vida, siempre tenía un espacio en el tiempo de su padre.

Ven las tres películas de Batman y, como siempre, Isaac no para de hablar para contar curiosidades sobre ellas. Su padre se sabía ya todas las referencias de memoria, pero nunca le cortaba. Le gustaba ver a su hijo hablar de aquellas cosas que le ilusionaban, pues le parecía que en esos momentos era cuando tocaba con la punta de los dedos la felicidad.

Aquella noche, Isaac se fue a la cama pensando en lo feliz que era de tener un padre como el suyo.

VANESA

Los sábados eran un aburrimiento para Vanesa, pero prefería eso a ser acosada por la gente de su clase. Solía quedarse en su cuarto tocando la guitarra y cantando a pleno pulmón.

Vive con sus padres en un pequeño piso del centro, a un par de kilómetros del colegio. Sus padres son agentes inmobiliarios y no suelen estar en casa porque trabajan o tienen cenas importantes.

Además, tiene tres hermanas, aunque ninguna vive en casa. Son muy diferentes entre ellas y también tienen edades extremas. La mayor es Victoria, que tiene treinta y dos años y vive en una casa junto al mar con su novio de la adolescencia y sus dos hijos; la segunda es Nicole, de veinticinco años y cuerpo perfecto. Trabaja de modelo para Victorias Secret y medio universo babea por ella; la tercera es Teresa, con veinticuatro años. Acaba de terminar la carrera de Arquitectura y ahora está haciendo un máster en la universidad a distancia. En conclusión, sus hermanas son la perfección, aunque cada una a su estilo: Victoria tiene estabilidad familiar, Nicole es preciosa y Teresa es inteligente.

Todas destacan menos ella, que vuelve a ser el "patito feo". Siempre lo había sido, daba igual en qué colegio o instituto estuviese, la sombra de sus hermanas perfectas siempre la perseguiría.

Como iba a estar sola todo el día, pensó en salir a comprar algo rico para comer, ya que sus padres solo le habían dejado verdura. Ellos estaban preocupados por el peso que había empezado a coger desde hacía ya algún tiempo y trataban de decírselo de